

Extraordinario nacimiento

Eduardo E. Saxe Fernández, Ph.D.

La Orquesta (Sinfónica) de la Universidad Nacional ofreció su primer concierto el pasado 10 de mayo en el Teatro Nacional de San José, con un programa que mostró la calidad mundial de la música interpretada –toda ella centroamericana-, tanto como de l@s mism@s ejecutantes.

Impactado sobre todo por el concierto para piano (mano izquierda) de Mario Alfagüell, al día 16 del mes aún no soporto escuchar piezas decimonónicas y me veo compelido a escribir estas impresiones de aficionado.

La orquesta se presenta como un gran reto para las otras agrupaciones nacionales y regionales; como una realidad y un futuro de exploración sobre nuestra música propia, pasada y actual; y como una ardua tarea para toda su comunidad artística, académica y organizativa.

El programa empezó con la séptima sinfonía del guatemalteco Samayoa, compuesta en 1834. Se trata sin duda de una joya que reúne con pleno dominio técnico compositivo, lo mejor de la música europea de entonces, incluyendo asimilaciones y desarrollos originales a partir de Beethoven, Mozart, Haydn y Schubert. El maestro Lehnhoff tiene un perfecto conocimiento de la música romántica y particularmente samayoana, logrando que la orquesta se expresase en el límite superior permitido por ese tipo de música. Me gustó sobremedida el carácter luminoso y preciso de las fraseologías, que el director alcanza –lo confirmé durante los dos conciertos para piano-, “invitando con calma” las participaciones de cada instrumento, y “proponiendo intensamente” con sus profundos ojos y gestos faciales.

Esas apreciaciones sobre la orquesta y el director se confirmaron con la interpretación del concierto para piano y orquesta del mismo Lenhnhoff. Es un concierto que me gustó, debo confesarlo, porque me agradan Rachmaninof, Ger-shwin, Bernstein, la música alemana de posguerra, el jazz, la música para cine, la música latinoamericana y guatemalteca. No iba con preconcepciones y me encontré con una pieza articulada, compleja, profunda y, sobre todo, muy erótica: era imposible sustraerse a su fuerte carácter lúdico lúbrico (que hizo vibrar a todas las personas asistentes —a mi alrededor, dos jóvenes músicos comentaban en voces muy bajas y apasionadas, tres matronas sonreían amablemente—). Este efecto se condensó en el solista José Pablo Quesada, intérprete también del estreno mundial en ciudad de Guatemala, quien asumió la personificación de todo el concierto con una expresividad desusada en los ámbitos de la “música seria” o “clásica”. Pero desusada también era la música interpretada y por experiencia propia conozco la importancia de la expresión corporal para poder realizar los movimientos de manos y dedos exigidos por obras difíciles. De todas maneras, no quise distraerme mirando al pianista, siguiendo a Goethe, quien en su *Wilhelm Meister* señala que la música ha de ser escuchada, que mirar sus intérpretes puede hacernos sordos. Además, hay que entender la actitud musical del excelente pianista Quesada como de *performance* expresivo desde y con el cuerpo.

La última pieza del programa fue el concierto para piano, mano izquierda y orquesta de Mario Alfagüell. El pianista Eduardo Solano ofreció una magnífica interpretación, muy seria y de creatividad comprometida, como exige el concierto. Esta es una música que premeditada y sistemáticamente alcanza nuestra profundidad ontológica, íntima, social y cósmica; llevándonos sin detención posible por multiplicidades emocionales que pulsaban, entre la ansiedad, la necesidad y la depresión extremas, y la calma, el solaz, el juego y la alegría. Alfagüell logra lo anterior utilizando con amplio conocimiento un gran repertorio técnico compositivo contemporáneo, con un componente de “improvisación orientada” que me recordó la música griega antigua, el jazz y las ragas de la India (“escalas con ethos”).

Temáticamente, el clima del concierto es la evocación posmoderna de un “temporal”: el piano y el arpa eran gotas e hilos y torrentes mezclándose por el tumulto nuboso de las cuerdas; los timbales, fagotes y metales los truenos y las profundidades de esos tejidos grises o transparentes. (El arpa complementaba al piano como una “mano derecha”). Alfagüell nos lanzó con su música por la multiplicidad emocional de la hondura ontológica, insisto. Música íntima y psico-sexual en el hambre lloriqueante (como “el tiempo”) de la niña y en el juego y el canto de los dos niños del verso-motif. Pero también era social y cósmica en dos sentidos: primero en los versos de la canción compuesta por la querida ausente Emilia Prieto, referidos a personajes de nuestra historia cultural; y en segundo lugar porque este concierto es pertinente expresión de los tiempos que corren (fue

compuesto en 2003): el mundo de colapsos ecológicos y sociales, guerra y desprecio por la humanidad que promueven falsos emperadores; y más cerca, la resistencia y el rechazo a la tormenta que supone el actual asalto colonialista y codicioso dirigido contra este país por filibusteros y vendepatrias. Alfagüell, en la universalidad específica de su composición, nos obliga a evocar y enfrentar los destinos que tenemos, que queremos, que construimos o destruimos.